



Universidad de Navarra

Noticias de Capellanía

Marzo 2007

Índice

- 1 «Mirarán al que traspasaron»
- 2 Tras el sentido
- 3 ¿Cómo dar las malas noticias sobre la enfermedad?
- 4 Actividades marzo'07

El amor con el que Dios nos envuelve es sin duda *agapé*, el amor oblativo de quien busca exclusivamente el bien del otro.

«Mirarán al que traspasaron» (Juan 19, 37)

Mensaje de Benedicto XVI para la Cuaresma de 2007

¡Queridos hermanos y hermanas!

«Mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37). Éste es el tema bíblico que guía este año nuestra reflexión cuaresmal. La Cuaresma es un tiempo propicio para aprender a permanecer con María y Juan, el discípulo predilecto, junto a Aquel que en la Cruz consume el sacrificio de su vida para toda la humanidad (cf. Jn 19,25). Por tanto, con una atención más viva, dirijamos nuestra mirada, en este tiempo de penitencia y de oración, a Cristo crucificado que, muriendo en el Calvario, nos ha revelado plenamente el amor de Dios. En la Encíclica "Deus caritas est" he tratado con detenimiento el tema del amor, destacando sus dos formas fundamentales: el *agapé* y el *eros*.

El amor de Dios: *agapé* y *eros*

El término *agapé*, que aparece muchas veces en el Nuevo Testamento, indica el amor oblativo de quien busca exclusivamente el bien del otro; la palabra *eros* denota, en cambio, el amor de quien desea poseer lo que le falta y anhela la unión con el amado. El amor con el que Dios nos envuelve es sin duda *agapé*. En efecto, ¿acaso puede el hombre dar a Dios algo bueno que Él no posea ya? Todo lo que la criatura humana es y tiene es don divino: por tanto, es la criatura la que tiene necesidad de Dios en todo. Pero el amor de Dios es también *eros*. En el Antiguo Testamento, el Creador del universo muestra hacia el pueblo que ha elegido una predilección que trasciende toda motivación



humana. El profeta Oseas expresa esta pasión divina con imágenes audaces como la del amor de un hombre por una mujer adúltera (cf. 3,1-3); Ezequiel, por su parte, hablando de la relación de Dios con el pueblo de Israel, no tiene miedo de usar un lenguaje ardiente y apasionado (cf. 16,1-22). Estos textos bíblicos indican que el *eros* forma parte del corazón de Dios: el Todopoderoso espera el "sí" de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa. Desgraciadamente, desde sus orígenes la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con la ilusión de una autosuficiencia que es imposible (cf. Gn 3,1-7). Replegándose en sí mismo, Adán se alejó de la fuente de la vida que es Dios mismo, y se convirtió en el primero de «los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb



Noticias de Capellania

Marzo 2007

El amor de Dios es un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente.

Aceptar el amor del Señor no es suficiente: hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás.

Los viejos libros afirmaban con sorprendente unanimidad que hacerse con la verdad completa no está al alcance de los humanos.

2,15). Dios, sin embargo, no se dio por vencido, es más, el "no" del hombre fue como el empujón decisivo que le indujo a manifestar su amor en toda su fuerza redentora.

La Cruz revela la plenitud del amor de Dios

En el misterio de la Cruz se revela enteramente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, Él aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo Unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán. Bien podemos entonces afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente» (Ambigua, 91, 1956). En la Cruz se manifiesta el *eros* de Dios por nosotros. Efectivamente, *eros* es –como expresa Pseudo-Dionisio Areopagita– esa fuerza «que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman» ("De divinis nominibus", IV, 13: PG 3, 712). ¿Qué mayor «eros loco» (N. Cabasilas, "Vida en Cristo", 648) que el que trajo el Hijo de Dios al unirse a nosotros hasta tal punto que sufrió las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?

«Al que traspasaron»

Queridos hermanos y hermanas, ¡miremos a Cristo traspasado en la Cruz! Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la Cruz Dios mismo

mendiga el amor de su criatura: Él tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como «Señor y Dios» cuando puso la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría incluso decir que la revelación del *eros* de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su *agapé*. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros. Jesús dijo: «Yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos "volver a dar" al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente de la alegría de la Pascua. Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo.

Benedicto XVI,

Mensaje para la Cuaresma 2007

Tras el sentido

En busca de la verdad

Siempre recordaré mi emoción cuando, durante los años de mi infancia y juventud en Asturias, me adentraba las tardes de lluvia, acompañado de mis hermanos y amigos, en cuevas inexploradas, con la sola ayuda de sogas de carro y lámparas de carburo. Tras bajar pozos, reptar por pasadizos y vadear ríos subterráneos poblados de anguilas ciegas, nos encontrábamos en ocasiones, a la vuelta de un recodo, con todo

un frontal decorado con brillantes pinturas rupestres que nadie había contemplado a lo largo de cientos y cientos de años. Cuevas de Las Pedrosas, de Sardeu y Calabrez, y de aquella otra que luego llamarían Tito Bustillo.

¿Qué significaban aquellas figuras de inquietantes colores rojizos, azulados o pardos, nunca vistos en otros lugares? ¿Por qué se dejaron plasma-



dos esos animales, esos dibujos geométricos, en paredes tan recónditas? ¿Qué significaba todo aquello para nuestros remotos antepasados? No lo sabemos. Algo es, sin embargo, seguro. Aquellos perfiles, increíblemente bellos, tenían un sentido. Y ese significado que tenían estaba relacionado con la vida y la muerte de aquellos hombres y mujeres de las cavernas, ancestros de los que hoy las visitan con curiosidad de turistas.

¿Qué buscaba yo mismo durante otras tardes –siempre con la lluvia– en que prefería quedarme en el viejo caserón familiar leyendo compulsivamente una novela, no muy propia de menores, que había sustraído del armario donde mi padre guardaba los libros reservados para él? ¿Qué he ido persiguiendo durante mis estudios de filosofía en la universidad? Me impulsaba el ansia de saber, movida seguramente por la curiosidad o, peor aún, por la vanidad. Yo me decía a mí mismo que buscaba la verdad. Pero a esas alturas empezaba a sospechar que tenían razón los viejos libros cuando afirmaban con sorprendente unanimidad que hacerse con la verdad completa no está al alcance de los humanos.

A veces he llegado a pensar que con la verdad pasa algo semejante a lo que Talleyrand decía de las bayonetas: que se puede hacer de todo



con ellas, menos sentarse encima. Lo que procede hacer con la verdad es amarla. La filósofa británica Elizabeth Anscombe, que estaba junto a Wittgenstein en las horas previas a su muerte, me contó una vez que el maestro sintetizó de algún modo su vida con estas palabras: «Beth, he buscado la verdad». Pero precisó que no intentaba decir que la hubiera encontrado, sino que siempre había ido tras ella. El amor a la verdad, su búsqueda, es quizás el sentido de la vida. O por lo menos constituye un medio imprescindible para alcanzar esa plenitud humana a la que llamamos felicidad, y a la que todos –cada uno a su manera– aspiramos.

Y eso, buscar de un modo u otro, es lo que han hecho todas las personas o, por lo menos, muchas de ellas. Mujeres y hombres tras el sentido, buscándolo con denuedo entre la niebla. ¿Es posible que sea vano este empeño? Yo sinceramente pienso que no, que no se trata de un esfuerzo abocado a la frustración. Hay sentido. Pero quizá me he aventurado en exceso al lanzar esta afirmación, tan vulnerable.

Alejandro Llano,

*En busca de la trascendencia.
Encontrar a Dios en el mundo actual.*

Mujeres y hombres tras el sentido, buscándolo con denuedo entre la niebla. ¿Es posible que sea vano este empeño?

¿Cómo dar las malas noticias sobre la enfermedad?

El derecho a morir con dignidad

La información debe recibirla el propio enfermo, pero en casos de dificultad hay que recurrir a la familia más allegada (esposo/a, padre/madre, hijos), a un amigo quizá, que tal vez estén en mejor condición de comunicarla. Pero existe el deber de dar esta información. El dolor que puede causar será en todo caso el inevitable coste que corresponde al cumplimiento de un

deber final. En esta etapa final de la vida no es humano dejar a los enfermos en la ignorancia.

Escribe un autor italiano, E Gianfranceschi: «Durante miles de años hemos sido dueños de nuestra muerte y de sus circunstancias, mientras que hoy hemos dejado de serlo. Hubo un tiempo en que quien estaba muriéndose tenía

El propio enfermo debe recibir las malas noticias, pero en casos de dificultad hay que recurrir a la familia más allegada.



conocimiento de lo que le pasaba, bien porque comprendía con sencillez las señales de la muerte, o porque alguno de los que le rodeaban tenía la obligación de advertírselo. Mayor que el miedo a la muerte era el miedo a verse privado de la propia muerte, a no poder tomar parte en ella conscientemente y con las debidas disposiciones de ánimo. En cambio, ahora la regla es ocultar la verdad a quien sufre una enfermedad mortal. Dicen que es éste un modo de actuar inspirado en intenciones humanitarias. La verdad es que se trata de una norma inhumana, porque da lugar a las renunciaciones del espíritu. Morir sin saberlo es dos veces morir».

De cara a la muerte, el hombre decide definitivamente su suerte definitiva. Debe por ello disponer de la posibilidad de situarse conscientemente frente a Dios y, por tanto, ser advertido para que se prepare lúcida y convenientemente. Un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe señala que es «sumamente importante que los hombres no sólo puedan satisfacer sus deberes morales y sus obligaciones familiares, sino también, y sobre todo, que puedan prepararse con plena conciencia al encuentro con Dios».

Morir con dignidad

Además, con la muerte, el hombre rompe todo vínculo con los otros y debe por ello tener la posibilidad de arreglar sus asuntos en relación con ellos, ejercer las responsabilidades que le son propias y cumplir todas sus obligaciones.

Pero no podrá cumplir todo ello dignamente si no es informado de la gravedad de su estado y del peligro en que se encuentra. Hoy se habla mucho del derecho a "morir con dignidad". Prescindiendo ahora de los diversos significados que pueden darse a esta ambigua expresión, es indudable que incluye el derecho del moribundo a ser informado de la gravedad de su estado.

Miguel Ángel Monge

Sin miedo. Cómo afrontar la enfermedad y el final de la vida.

Actividades marzo'07

Barcelona

Santa Misa:

- De lunes a viernes
Horas: 7:45 y 12:35
(martes y jueves en inglés)
- Sábados a las 19:30
(Misa dominical en inglés)
- Durante la Cuaresma: homilias cuaresmales en la Santa Misa.

Confesiones:

TODOS LOS DIAS:
15 minutos antes de la Santa Misa
TODOS LOS JUEVES:
durante la Vela al Santísimo
SIEMPRE:
durante el día, avisando a los sacerdotes

Vela de adoración al Santísimo Sacramento:

- Jueves, 1, 8, 15, 22 y 29 (De 14:30 a 15:30)

Retiros Mensuales:

Profesores, Antiguos Alumnos, participantes en Programas de Perfeccionamiento, personal no docente, familiares y amigos invitados

Hombres

- Jueves, 8 (19:30 a 21:00)
- Martes, 13 (19:30 a 21:00)

Mujeres

- Martes, 13 (14:30-15:30)
- Jueves, 15 (16:50-18:15)
- Martes, 20 (13:00-14:00)

Cursos de retiro:

Mujeres

- Del 9 al 11 de marzo
Lugar: Castelldeu Torre

Horario Capellanes:

- *Joan Garcia Llobet*
Lunes, martes y viernes, de 10:30 a 19:00
- *Domènec Melé*
Lunes a viernes de 8:15 a 9:00;
martes y jueves de 19:00 a 21:00
y a horas convenidas
- *Ricardo Peris*
Lunes a viernes, de 9:00 a 19:00
- *John Twist*
Lunes a jueves, de 10:30 a 13:30;
miércoles y jueves, de 17:00 a 19:00

Madrid

Santa Misa:

- De lunes a viernes a las 13:30
- Sábados, a las 8:00

Confesiones:

TODOS LOS DIAS:
15 minutos antes de la Santa Misa
De 15:30 a 16:00
SIEMPRE:
durante el día, avisando a los sacerdotes

Vela de adoración al Santísimo Sacramento:

- Viernes, 2 (De 15:15 a 16:00)

Retiros Mensuales:

Profesores, Antiguos Alumnos, participantes en Programas de Perfeccionamiento, personal no docente, familiares y amigos invitados

Hombres

- Lunes, 12 (14:30 a 16:00)
- Jueves, 15 (14:30 a 16:00)

Para Antiguos Alumnos del IESE

- Jueves, 15 (19:45 a 21:15)
Lugar: Vitrubio, 3

Cursos de retiro:

Hombres

- Del 22 al 25 de marzo
Lugar: El Soto (Soto del Real), Madrid

Horario Capellanes:

- *Pelegrin Muñoz*
Lunes, martes, jueves y viernes de 10:00 a 17:00
- *Ernesto Juliá*
Jueves y viernes de 12:00 a 18:00
- *Vicente Llorca*
Miércoles y viernes de 09:00 a 16:00 y sábados de 08:00 a 12:00

* Las actividades se realizan en el Oratorio del IESE, siempre que no se indique lo contrario

Fiestas y celebraciones:

17 San Patricio, 19 San José, 25 La Anunciación del Señor